

quando lo arrestaron; y yendo delante de él un pregonero, decia en alta voz: Este es Euplio, Christiano, enemigo de los Dioses, y de los Emperadores. Pero él daba gracias sin cesar á Jesu-Christo. Y llegado al lugar en donde se debía hacer la execucion, se puso de rodillas, oró mucho tiempo, y presentó su cabeza al verdugo, que se la derribó de una cuchillada. Retiraron su cuerpo los Christianos, al qual dieron sepultura, despues de haberlo embalsamado.

MARTIRIO  
DE S. FELIPE,  
OBISPO DE HERACLEA. (1)

*Sacado de un Manuscrito de la Abadía de Corvia, y del tomo quarto de las Analectas del P. D. Juan*

*(1) onizivis Mabillon.*

*Año de Jesu-Christo 304, en el imperio de Diocleciano, y de sus Colégas.*

**H**abiendo pasado Felipe en poco tiempo del Diaconato al Sacerdocio, llegó en fin á el último grado de este. Siendo Obispo con consentimiento universal de todo el pueblo, sin que nadie se admirase de su elevacion tan pronta, porque era digno del estado; y aun algunos estrañá-

(1) El dia 22 de Octubre.

ñaban el que se hubiese tardado tanto. En efecto, desde los primeros años que fue promovido á las órdenes sagradas, mostró un mérito poco comun. Era tan desinteresado, que daba á los pobres todo lo que ganaba en el servicio del Altar; contento con las riquezas de su conciencia, y con la adquisicion que habia hecho de un gran fondo de virtud, y santidad. Luego que fue Obispo, formó de su mano á los dos ilustres Mártires Severo, y Hermes, el uno Presbytero, y el otro Diácono. Tenía con ellos freqüentes conferencias, en donde les descubría los secretos de la ciencia de los Santos: hacíalos entrar en el conocimiento de los divinos Misterios; y los confirmaba especialmente en la sana doctrina. De suerte, que les comunicó sus luces, su espíritu, y su valor; y despues de haberlos tenido por discípulos en la escuela, los tuvo por compañeros en la hoguera, en donde confesaron con él la Divinidad de Jesu-Christo. Meditando este Santo viejo sin cesar la Ley de Dios, y prendado de su belleza, tenía un ardiente amor por ella. Su vida la pasaba toda entera en las funciones de su empleo; y le exercía hasta el último momento, no pasándose dia en que no se ofreciese á Dios como una víctima, que en efecto debía serle en Andrinópoli sacrificada.

Semejante, pues, á un Piloto experimentado, que haciéndose unas veces á la vela, y retirándose otras al puerto; tan presto metiéndose en alta mar, tan presto costeano, conserva su navío,

Tom. II. S 3

vío, y le preserva del naufragio: ó como un diestro cochero, que sabiendo dar á tiempo rienda á sus caballos, ó refrenarlos, avivarlos, ó contenerlos, conduce en fin su carro hasta llegar al término de la carrera, y alcanza el premio; gobernaba el Santo Obispo su pueblo con una ternura verdaderamente episcopal. Comenzaba la persecucion á experimentarse, y ya amenazaba su Ciudad; pero él la dexó venir sin alterarse: ni quiso ceder á los consejos de los que le querían persuadir á abandonar su rebaño, y ausentarse; antes bien les persuadía él á ellos mismos, que los males que temían, eran mucho mas de desear, que de temer; y que convenía que la voluntad del Cielo se cumpliese. Quedóse, pues, en su Iglesia, animando con su presencia, y con sus discursos á sus hermanos, asustados á vista de la tempestad que amenazaba. Deciales muchas veces: Hermanos míos, ved aquí en fin cómo han llegado aquellos tiempos predichos por Jesu-Christo: El fin de los siglos se acerca: el Príncipe de este mundo se hace formidable: su poder se aumenta; pero no temáis, hermanos míos, que viene mucho menos para perder á los siervos de Jesu-Christo, que para probarlos: Haced que la fiesta de la Epifanía, que vamos á celebrar dentro de pocos dias, aliente nuestra esperanza: acordaos que en semejante dia fuimos llamados á la gloria. No os asusten las amenazas de los tiranos, no os espanten los suplicios: Jesu-Christo dá á sus soldados un va-

lor

lor invencible en el combate, y á sí mismo por precio, despues de haber conseguido la victoria en la batalla.

Un dia, pues, en que el bienaventurado Felipe hacía á su pueblo una de estas exhortaciones, entró en la Iglesia Aristémaco, Oficial de la guarnicion de Heraclea: hizo salir de ella á todos los Christianos; y despues de haber cerrado las puertas, las selló todas. Mirándole Felipe con compasion, le dixo: ¡Ah pobre hombre, que crees que el Dios Todopoderoso habita baxo de techo, y entre paredes! ¿Ignoras tú que su habitacion mas agradable es el corazon del hombre? Sin duda ninguna jamás has leído al Profeta Isaías, que si no, hubieras visto en él, como Dios dice en un lugar: El Cielo es mi trono, y la tierra mi tarima: ¿qué casa digna de mi Magestad podreis levantarme? Al dia siguiente volvió Aristémaco para hacer inventario de los vasos sagrados, y otros muebles de la Iglesia, á los quales puso el sello del Gobernador. Esto causó una desolacion general entre los Fieles; pero no obstante, Felipe, acompañado de Severo, y de Hermes, y de algunos otros Eclesiásticos, examinaba lo que debía en aquella ocasion executar: y sentado á la puerta de la Iglesia, no podia resolverse á dexar la casa del Señor á discrecion de los tiranos, haciendo al mismo tiempo que los hermanos no se retirasen. Pensaba con dolor en lo venidero; pero no dexaba de temer lo presente: sabía que todos los que tenía á su cargo no eran

S 4

igual-

igualmente fuertes, y que entre ellos habia enfermos; y débiles, y así creyó, que debia separar á los unos de los otros. Trataba con autoridad á los imperfectos, para hacerlos mejores; y empleaba la dulce persuasion para contener á los fervorosos en el partido de la piedad. De este modo se servía de remedios un poco fuertes para curar los enfermos, y de un simple régimen para los sanos.

No obstante, al Domingo siguiente se juntaron los hermanos delante del pórtico de la Iglesia; y advertido de ello Baso, Gobernador de Tracia, vino luego con ánimo de formarles causa á todos los que allí se hallasen. Hizo tambien poner en el mismo sitio su tribunal; y despues mandó que le presentasen los Christianos: é inmediatamente les preguntó: ¿Dónde está el que vosotros llamais Maestro, y Doctor? Respondió entonces Felipe: Yo soy aquel por quien preguntas. B. ¿Y no sabes que hay un decreto del Emperador, que prohíbe á los Christianos el juntarse en qualquiera lugar, y baxo de qualquier pretexto que sea, siendo su intencion abolir enteramente vuestra secta? Entrégame, pues, al punto los vasos de oro, de plata, ó de qualquier metal que sean, juntamente con los libros que contienen vuestra doctrina, y que tú lees al pueblo; para que quitándoos estas cosas, se os quite al mismo tiempo los medios, y la ocasion de volver á caer en vuestra supersticion, en caso de que los tormentos no sean capaces de sanaros.

F.

F. Si tanto placer os causa el vernos padecer, bien le podeis satisfacer: aquí nos teneis á todos prontos á daros este gusto: cortad, tajad, despedazad este cuerpo, que está en vuestro poder; pero por lo que toca al alma, tened á bien que os diga, como no os es permitido el acabarla. En quanto á los vasos que tenemos, bien los podeis tomar; porque no es con el oro, y con la plata con lo que Dios quiere ser honrado; mucho mas le agrada á Jesu-Christo el ornamento del corazon, que el de las Iglesias. Tocante á las Escrituras, ni á vos os aprovecha el tenerlas, ni á nosotros nos es permitido el dáros las. A estas palabras hizo seña el Gobernador á los verdugos que se acercasen; y se vió, no sin grande temor, entrar á uno llamado Mucapor, hombre sin humanidad, si es que tenía algo de hombre, porque aunque tenía la figura, mas se asemejaba á la de un leopardo. Entretanto aquel Magistrado buscaba por todas partes al Presbytero Severo, y no le encontraba: lo qual junto con la resistencia que Felipe hacía de entregarle los santos libros, le puso de mal humor, y lo descargó brutalmente sobre el Santo Prelado. El Diácono Hermes, que se hallaba presente, sensiblemente tocado del estado en que veía á su Obispo, dixo con arrogancia á Baso: Cruel Juez, ¿de qué os sirve tratar de este modo á este Santo anciano? Aun quando fuéseis dueño de nuestros libros, y pudiéseis tambien acabar con todos los que se han esparcido en el mundo,  
de

de suerte que no quedase ni uno sobre la tierra, no habríais adelantado nada; porque decidme: ¿Podríais acaso borrarlos del corazón de los Christianos? Sabed, que la Tradición se conserva á pesar vuestro hasta el fin de los siglos, y que solo con venir nuestros hijos á consultar su memoria, ó la de sus padres, estarían en estado de restablecerlos, y de componer un número mucho mayor de los que hubiérais hecho perecer por medios tan inhumanos. Este discurso le atraxo al Diácono mil golpes, que le dieron por orden del Gobernador. Retiróse todo cubierto de contusiones á el lugar en que se conservaban los santos libros, y los vasos que servían á el Altar. Siguióle Publio, que era del Consejo del Gobernador. Este hombre metía con atrevimiento la mano en todo lo que le incitaba su codicia. Cayó bien presto en la tentación de apoderarse de algunos vasos de aquellos que se habian inventariado: llevábaselos contra la voluntad de Hermes, que se opuso á ello, y á quien Publio hirió cruelmente hasta bañarle todo el rostro en sangre. Hizo esto mucho ruido, y llegó á noticia de Baso, que reprobó acción tan indigna, y se enojó fuertemente contra Publio, é hizo curar á Hermes de su llaga. Pero al mismo tiempo se apoderó de los vasos, y de los libros, y los hizo llevar á la plaza mayor, adonde conduxo con soldados á Felipe, y á los demas Fieles, queriendo gratificar al pueblo con un espectáculo, que le sería infinitamente agradable, é

in-

intimidar á los otros Christianos que resistieran entregar las Santas Escrituras.

Felipe, y los que con él fueron arrestados, iban entre dos filas de soldados, que llevaban los sagrados libros, y caminaban hácia la plaza mayor, mientras que Baso, resuelto enteramente en no tolerar ningun Christiano en toda la extensión de su comando, pensaba en hacer demoler todas las Iglesias de la Ciudad. Inmediatamente envió gentes á la Catedral, con orden de quitar el techo, y no dexar mas que las paredes: acalorábase tanto en esta obra, que hacía dar á los peones grandes palos, quando veía que descansaban un rato. Por otra parte, llegada la tropa de soldados, que escoltaba á los Santos á la plaza mayor, era grande la confusión; de suerte, que se atropellaban, y gritaban, y parecia en un todo una guerra; acudiendo de todas partes los estrangeros, y los ciudadanos. Hízose en fin una hoguera de todos los libros sagrados; pero apenas se les puso fuego, quando al punto se levantó una llama con tanto estrépito, violencia, y rapidez, que introduxo un excesivo terror en el alma de todos los que allí estaban. Valióse S. Felipe de este crítico momento para hablar á los que se hallaron cerca de él, y les dixo: Ciudadanos de Heraclea, Judíos, y Paganos, ó de qualquiera otra religion, secta, ó sociedad que seais, estadme atentos. Temblad, Pueblos, temblad, porque ya comienza á sentirse la cólera de Dios: bien presto la experimentaréis: ella amenaza á

la

la impiedad, y busca á la injusticia: esta justa cólera amenaza á Sodoma (1). Pero si Sodoma teme el juicio, si renuncia su pecado, si dexando sus Dioses de piedra, busca sinceramente al Dios vivo, Sodoma no tiene mas que temer, ella será salva. Esta llama, que acaba de herir vuestros ojos con su repentino resplandor, y hellar vuestros corazones con su prodigioso ímpetu, es una señal de aquel juicio que acaso vá á ser bien presto pronunciado contra vosotros: pero no solamente es en el Oriente, y en la ruina de Sodoma donde la cólera de Dios se dió á conocer por el fuego; sino que no há mucho tiempo que la misma señal anunció á la Sicilia, y en el Occidente la cercana venganza de este formidable Juez. Baxó una llama del Cielo sobre aquella Isla, y reduxo á cenizas á una de sus Ciudades con todos sus habitantes. Solas dos Vírgenes se salvaron de este horrible incendio. ¿Pero quereis saber cuál fue la causa de su libertad? La piedad filial. Tenían un padre muy cascado de la vejez: emprenden retirarle de en medio de las llamas: cárganle sus débiles, y delicadas manos sobre sus espaldas, que doblan á tan piadosa carga. Ríndense á peso tan precioso: entretanto avánzanse unos torbellinos de fuego, gáñanlas, rodéanlas, ciérranlas el paso, y las quitan toda esperanza de poder ponerse en seguridad, y sacar á su padre. Ved aquí lo que les cues-

(1) Sodoma, figura de Heraclea,

cuesta la caridad: su piedad viene á ser para ellas mismas bien funesta, sin poder ser saludable á el que habiéndolas dado la vida, sería bien presto de su muerte la causa. ¿Pensais vosotros, ciudadanos de Heraclea, que esto sucedió así? Pues no, no, estad seguros, que el mismo Jesu-Christo, aquel mismo á quien vosotros no mirais sino como un hombre, y que es Dios Todopoderoso, no pudo sufrir que una accion tan bella, y tan digna de recompensa, llegase á ser triste, y fatal á las que la executaban. Quiso tambien, para denotar la satisfaccion que recibía en ella, favorecerlas con su presencia adorable. Baxó, pues, del Cielo, y mandó á las llamas que se apartasen, y abriesen paso á las Vírgenes. Entonces, olvidando el fuego su violencia natural, giraba al rededor de ellas: suspendía su ardor, y retenía, si me es permitido hablar así, su inflamado aliento; y poniéndose en orden las llamas á la derecha, y á la izquierda, las hacía como un camino (¿quién lo creyera!) cubierto de flores, y de verdor. En fin, el mérito de estas Vírgenes fue tan eficaz, y su caridad tan agradable á Dios, que en atención á ella, todos los lugares por donde pasaban para retirarse, fueron respetados del fuego: no se atrevió á tocar á ellas; y el lugar en donde se detuvieron, se nombró desde entonces, Lugar piadoso: queriendo en algun modo conservar un eterno reconocimiento de este beneficio, y dar á los hijos un exemplo público, y perpetuo

tuo de piedad. Tanta verdad es, qui si los habitantes de esta desgraciada Ciudad fueron consumidos por el fuego, no fue porque Dios les faltase en la necesidad; sino porque ellos mismos faltaron á Dios. Ademas de esto, aquel fuego de la cólera divina, dexó desde el principio del mundo, y en diversas partes de la tierra, muchos vestigios del justo castigo que Dios exerce sobre los pecadores: cayendo este fuego del cielo sobre la tierra, abrasa, destruye, y consume todo lo impuro que halla. Este fuego es el que abrasó á Hércules sobre el monte Oeta, quando fuertemente infatuado del pensamiento de que saldría un Dios de sus cenizas, encendió él mismo la hoguera que le consumió. Este es aquel mismo fuego, que habiendo reducido á polvo sobre otra montaña (1) al Médico Esculapio, dió ocasion á los pueblos crédulos de hacer de él tambien un Dios, que no tuvo otra consagracion, que un rayo, que sus delitos habian atraído sobre él, y que jamás hubiera sido reconocido por Dios, si no hubiera sido castigado como malvado. Este es tambien aquel fuego vengador de delitos, que abrasó al Capitolio, habitacion del mayor de todos los Dioses de Roma; y que tampoco perdonó al templo de Serapis, el mas famoso de los de Egipto, y que tambien pereció por él. ¡Pobres Dioses! Que se queman como si fueran paja; ¿y qué socorro se puede es-

(1) De Cinozura.

perar de semejantes divinidades, si ellas no se pueden librar á sí mismas? ¡Lindos Dioses! Pero acomodados, especialmente; porque si por la mañana llegan á quemarse, un diestro artífice puede hacer otro por la tarde. Y así, con tal que no falte piedra, ni madera, seguro está de que á lo menos no faltará cantidad de Dioses. El buen padre Baco dexó abrasar su templo en Atenas; y Minerva, aquella sabia Diosa, no pudo librar al suyo de semejante azar: ella misma pereció en él á pesar de su Egido (1). Esta pobre Diosa hubiera hecho mejor en no dexar su primer officio de hilandera. ¿Pero qué diremos del grande Apolo, que como adivino, no pudo preveer, ni como Dios impedir el incendio de su templo de Delfos? Confesemos, pues, que este fuego de la cólera divina no se encendió para los justos: la gracia de Dios los defiende de él; ó si alguna vez lo llegan á sentir, no es sino para purificarlos, en lugar de que á los impíos los toca para acabarlos; y así para los Santos, mas es luz, que fuego, ó brasa.

En tanto que Felipe persuadía de este modo al pueblo, se vió pasar al gran Sacerdote Catafronio, acompañado de los sacrificadores, cargados de platos, y de fuentes, en donde iban las ofrendas, y las viandas, que se debian presentar á los Dioses. Viendo esto Hermes, no pu-

(1) Escudo de Minerva, en donde estaba la cabeza de Medusa.

pudo contenerse de decir á los que estaban cerca de él: ¡Ah, hermanos míos, apartemos nuestra vista de estos abominables guisados! Ese festin diabólico no pasa por aquí delante de nosotros, sino para mancharnos. Volviéndose entonces S. Felipe á su Diácono, le dixo: Cúmplase la voluntad del Señor. Al decir esto, llegó Baso, acompañado de una numerosa multitud de todo sexo, y edad. Entonces se puso á hablar el pueblo confusamente, y como solía, sobre lo que pasaba, cada uno segun su genio, ó la pasión que le llevaba. Unos se compadecían de los Santos Mártires: otros se enfurecían fuertemente contra ellos; y acalorándose en sus razonamientos políticos, sostenían que se les debía obligar por toda suerte de medios á sacrificar á los Dioses. Particularmente los Judíos fueron los que mas se señalaron en esta ocasion, gritando con mayor esfuerzo que los mismos Paganos, que era necesario obligar á los Christianos á ofrecer sacrificios: dando á entender bastantemente por este medio su natural inclinacion á la idolatría; y verificando lo que el Espíritu Santo dixo por un Profeta: Ellos sacrificaron á los demonios, y no á Dios. En fin, dirigiéndose el mismo Gobernador á Felipe, le dixo: Sacrifica á los Dioses. F. ¿Cómo quieres que yo, siendo Christiano, pueda adorar á las piedras? B. Pues si no, sacrifica á los Emperadores. F. Mi Religion me enseña á obedecer á los Príncipes, y no á ofrecerles sacrificio. B. Sacrifica á lo menos á la Fortuna de la Ciudad:

de

De esto no te podrás librar: ¿No ves qué hermosa es? ¿qué dulce magestad? Mira con qué ayre risueño te convida á rendirle homenaje. F. Adórala tú enhorabuena, pues tanto te agrada: por lo que á mí toca; por mucha delicadeza que admire el arte en ella, para mí nunca será mas que una estatua. B. ¿Pues qué ese Hércules, que tiene el ceño tan fiero, y que por ese ayre terrible parece anunciarte tu pérdida? ¿si le niegas los honores divinos, no temes algun golpe de su maza? F. ¡Pobres ciegos! Quanto os compadezco, pues no sale el sol de la verdad para vosotros: caminando en tinieblas, tomáis á la criatura por el Criador; y á un hombre por un Dios. Vosotros no tendríais Dioses, si no los hiciéseis: el oro, la plata, y el cobre, se echan en un molde, despues que se han sacado de las entrañas de la tierra: hácese de ellos una figura al principio bastante tosca, y grosera, y qué muchas veces necesita ser fundida: tómalas, pues, el artífice, la lima, la pule, y la acaba, y al punto se halla en ella la divinidad; y ved aquí un Dios hecho. Pero ¿quántos sacrilegios, y deidades no cometéis al día? ¿No sabeis, que quando poneis al fuego un pedazo de madera para hacer herbir vuestra olla, es un brazo, una pierna, y algunas veces el cuerpo entero de un Dios el que quemais? Puede ser que me digais, que ese pedazo de madera no es Dios; pero yo os respondo, que á lo menos lo podría llegar á ser. Y siendo así, ¡qué delito no sería impedir la

produccion de su Dios! ¿Fuera de que no me confesareis, que un Neptuno hecho de marmol es mas apreciable que un Neptuno hecho de madera; y que el marfil, que es la materia de este Júpiter, es de otro precio diferente que la piedra comun de que está hecho este otro? Luego ved aquí, que es el valor de la materia, y no el poder, el que pone precio á vuestros Dioses. En efecto, un Platero venderá mucho mas cara una figura del Dios Pan, si os parece, ó de Priapo, los quales no son sino Dioses del segundo orden, especialmente si es de oro, que una figura del gran Júpiter, ó de la gran Diana, si es de plata. Creedme, la tierra nos dá los metales para servirnos de ellos, y no para adorarlos. Pero para vosotros la tierra parece que es una abundante semilla de Dioses.

No pudo Baso dexar de admirar el eloqüente, y atrevido discurso de aquel Prelado. Sintiendo vencido de sus razones, pero disimulando, se volvió hácia Hermes, y le dixo con un tono animado de la cólera, y del despecho: ¿Y tú no quieres sacrificar? Respondió entonces Hermes con tanta frescura, como cólera habia mostrado Baso: No, yo no sacrifico á nadie, soy Christiano. B. ¿De qué condicion eres? H. Soy Decurion, y hago profesior de seguir en todo el camino de mi Maestro, que está presente. B. ¿Pero si ese tu Maestro sacrifica, tambien lo harás tú? H. Yo no digo eso; pero estoy seguro de que no executará tal cosa: Conozco muy bien su virtud,

y su firmeza, y respondo de ella como de la mia. B. Pues te advierto, que te haré quemar vivo, si perseveras en tu locura. H. Tú me amenazas con un fuego, que tan presto está apagado como encendido; pero no sabes, qué ardor, y violencia es la del fuego eterno, que abrasará sin intermision á los discípulos del diablo. B. Sacrifica á los muy religiosos Emperadores, y dí solamente estas palabras: Este sacrificio ofrezco por la salud de nuestros Príncipes. H. Eso no se puede hacer: démonos prisa por llegar á la vida. B. Si quieres hallar esa vida, es necesario resolverte á obedecer; si no, tormentos, y muerte. H. ¡Ah Juez impío! no está en tu poder el hacernos consentir; ¿sabes lo que ganarás con tus amenazas? No servirán mas que de fortificar nuestra fé, sin aumentar en lo mas mínimo nuestro temor. Oído esto, enviólos Baso á la prision; y al llevarlos, el insolente populacho hacía mil escarnios del Obispo, y Maestro Felipe, tirándole piedras, y le arrojaban en el lodo; como si Dios no gustára de que estuviese un momento sin sufrir, para que no pasára un momento sin merecer. Volvióse á levantar el Santo apaciblemente; y sin denotar el menor resentimiento de un tratamiento tan cruel, miraba riéndose á los que le trataban tan injuriosamente. Una moderacion tan grande, sorprendía, y admiraba á un mismo tiempo á estos brutos, y á todos quantos eran testigos de ella. Entretanto, cantando los Mártires himnos, y cánticos de acciones de gracias al